

## Martínez y Cp. <sup>ñía.</sup>

SOCIEDAD EN COMANDITA

SOPORTALES DEL COLLADO, 38

Antigua casa de «Los Valencianos»

Tejidos, paquetería, mercería,

batería de cocina, loza, cristal.

Confeción para señora,

caballeros y niños

### CUESTIONES SOCIALES

## LAS HUELGAS

Todos los fenómenos sociales que se observan frecuentemente en las comarcas industriales, son, indudablemente, preliminares de una nueva evolución en el trabajo en sus relaciones con el capital. Cuanto se ha fantaseado acerca de la redención del obrero, manumitido de su condición de esclavo, es pura teoría, sencilla hojarasca que no puede ocultar la lamentable realidad.

El obrero, sujeto hoy a un jornal, es tan esclavo como los siervos que compartían su vida, en la antigüedad, entre la rudeza del trabajo y la esclavitud de la ergástula, á discreción del patrón ó señor. El comercio de ébano, tan condenado por los espíritus liberales hasta que se llegó á la conquista de la libertad individual, subsiste, pese á la intención de los legisladores. ¿Qué son, sino mercancía humana, esas falanges de obreros que periódicamente abandonan nuestra nación, aguijoneados por el hambre, para buscar remuneración á su esfuerzo individual? No se expatrian bajo la inmediata inspección del execrable negro; pero huyendo de unos agentes explotadores, van consignados á otros. Tienen la libertad de elegir el árbol donde ahorcarse; pero, con toda la libertad consignada en las leyes, si no se someten al nuevo señor, transformado en patrón, sucumben. ¡Menguada conquista moderna que plantea el dilema de la muerte por hambre ó del cercenamiento de las libertades individuales.

El puedes ser libre, pero sucumbes, es el triste presente de los desheredados. Contra este anatema social, laboran sin tregua los hijos del trabajo, y á destruirlo tienden cuantas convulsiones societas se registran en nuestros tiempos.

Esta actitud del proletariado, es consecuencia del progreso general, que no puede ser indiferente á las relaciones del capital y del trabajo. La mecánica boyante en su desarrollo progresivo, va despejando el problema, poniendo de resalto la importancia del factor trabajo, que hoy está á punto de trastrocarse en factor inteligencia. Este reconoci-

miento de la personalidad del obrero como elemento inteligente, ha sido fecundo en mártires, como lo son todas las revoluciones que sientan las bases de nuevos estados sociales ó políticos.

En los orígenes del trabajo, cuando las sociedades se iban concretando, al forjar Triptolemo el simple arado que había de arrancar á la tierra providente sus inapreciables tesoros, el obrero era la máquina, el siervo que hacía ahondar la reja á fuerza de músculos. Después, á medida que se perfeccionan, con el decorso de los siglos, los instrumentos agrícolas, el siervo-fuerza desaparece, para convertirse en obrero-inteligencia. Y á la bancarrota de los parias, de los hijos de la gleba, sucede la exaltación del factor trabajo, que exige participación en los negocios al factor capital del que es aquel razón de existencia. Hay víctimas; empero, sobre las ruinas y las miserias de los vencidos, resplandece la conquista de un porvenir halagüeño para los vencedores.

En la industria sucede lo mismo. Si nos fijamos en la de los tejidos, vemos que ha estado sometida á igual proceso. Millares de millares de familias, encerradas en infectos recintos, y atentas á la combinación de hilos y colores eran esclavos de la humanidad á la que servían las telas ó lienzos para sus vestidos. Los instrumentos rudimentarios, eran aparatos de tortura para las falanges de obreros, que dejaban cotidianamente parte de su vida en el trabajo. Progresa la mecánica. Entre otros Vaucanson y Jadquard en Lyon, dotan á la industria de nueva maquinaria. El trabajo corporal se simplifica, viene la inevitable selección; millares de familias sucumben, pues el monstruo industrial no necesita su concurso. Jadquard y Vaucanson son señalados por las multitudes desharrapadas, por los sin trabajo, que llegan, en la defensa del sustento cotidiano, á atentar contra los innovadores... Pero el nivel se restablece, los sin trabajo buscan nuevas ocupaciones ó sucumben, y persiste y supervive el obrero inteligente, dignificado al mismo tiempo que la maquinaria progresa.

Y por donde quiera que volvamos la vista, podremos observar idéntico fenómeno. El obrero, no es ya la fuerza, sino la inteligencia, y fatal y necesariamente este factor que ha ido dignificándose y recabando personalidad, pide hoy su parte, y la exigirá mañana, en todas las empresas á las que da vida con su curso.

Las demandas obreras, se van justificando hoy, y habrán de ser atendidas muy pronto. A medida que se han perfeccionado los procedimientos de producción y de cultivo se requieren obreros más inteligentes. El progreso, á la postre, se cansará de hacer víctimas, para que solo quede su obra de dignificación del trabajo. Se suprimen brazos, pero se hacen precisas inteligencias. Y día llegará, inevitablemente, en que,

sobre la haz de la tierra, el trabajo mercedado, menos necesitado de brazos, sea una función más importante que la que se ha venido asignando al capital.

El patrón egoísta, avaro y autoritario por esencia, se resiste á creer en la preponderancia del trabajo. Da valor á sus máquinas perfeccionadas, sin prestar atención á las inteligencias dirigentes que las hacen funcionar. No se resigna á pensar que en sus manos tiene un capital muerto, que necesita le infunda vida el factor trabajo. Y creyéndose dueño y señor absoluto se niega á reconocer la personalidad del otro elemento que utiliza en sus explotaciones. Es la ley eterna. Quien tiene que ceder, no se aviene á hacerlo hasta que se le exige con peyoridades apremiantes. Y de aquí que el obrero, persuadido de que nada obtendrá por resolución espontánea del capital, convencido de su fuerza suscita la cuestión planteando la crisis mediante la huelga.

¡Que la huelga hiere de rechazo al obrero! ¿Y qué conquista, que se traduzca en bienestar, ha logrado el proletariado sin pérdida de sangre y de vidas? Si el éxodo del proletariado hacia su emancipación ha sido un calvario atormentador en el que ha ido dejando jirones del alma y piltrañas del cuerpo; si hasta el progreso de la industria—que es el progreso del obrero—se ha señalado por la desaparición de millares de familias de innominados, ¿habrá de vacilar cuando se aproxima al logro de sus reivindicaciones?

Las huelgas de Bilbao, Barcelona y Zaragoza en España, y la reciente de París, no son otra cosa que el alerta que da el proletariado al capital. El obrero, solidarizado, puede demostrar hoy al patrono que de nada sirven sus máquinas, si se cruzan de brazos los encargados de hacerlas funcionar. Y si el patrono, volviendo la vista á las evoluciones sociales que imprimen nuevos rumbos á las relaciones del capital y el trabajo, no reconoce, de grado, que ante él se levanta un factor que reclama justamente su participación en los negocios, habrá de reconocerlo por fuerza.

Y el obrero no puede esgrimir otra arma legítima, para llegar á este resultado inevitable, que la huelga.

## Efímera

GAZAPOS FORENSES

Para ser abogado—yo hago excepción de los cultos, de los que remueven códigos y amables filosofías del derecho para servir á la justicia—basta tener desparpajo. El talento, no hace falta. Con saber decir «mi patrocinado», y pintar cuadros de orfandad, cuando aquel deja hijos; de viudez, si tras el reo queda consorte; de paternidad, si hay padres que lloran la prisión del hijo, es suficiente y sobrado. Luego la defensa se hilvana con sofismas—que ni prueban el pró ni el contra—y como los señores del Jurado se hayan interesado con la

pintura barroca del defensor, cáiate un reo en la calle.

Este fin, no se logra sin falta de desaprensión. Yo conozco letrados que se verían en grave aprieto si les pidiésen que señalaran en el mapa el curso del Duero. Tampoco les sería fácil decir á reconocidas eminencias en el foro, quién fué Licurgo. Y si me apurais, del habla de Cervantes solo saben estas lumbreras, que sirve para hablar, aunque se digan muchas tonterías y no pocos desatinos.

Letrados hay que, al ponderar la extensión de una cosa, no tienen inconveniente en decir que es «aterradora». Esto, como contera de unos cuantos adjetivos, no del todo mal empleados, les parece definitivo, concluyente. Yo he oído decir á un letrado: «la desgracia del que se sienta en el banquillo es grande, inmensa, irreparable... insustituible.» Y al sollar el último adjetivo con donosa frescura, se ha quedado tan satisfecho el orador. Eso sí; los profanos—¡qué profanos!—se hacen lenguas de la fluidez del lenguaje y del preciosismo de la dicción. Pero no se dan cuenta de la ignorancia supina del que habla.

Otro caso me viene á las mientes de un letrado que zarcea por la cúspide de la gloria. Se trataba de un asesinato. El patrocinado de nuestro hombre, había sujetado á la víctima, maniatándola, para que el victimario hundiese en ella el cuchillo asesino á su sabor, sin riesgo alguno. Y el letrado, en un arranque tribunicio, al hacer la defensa de su patrocinado, prorumpió: ¿Y en qué Código, señores del Jurado, está castigado el coger á un hombre por los brazos...? ¡Sensación!—No recuerdo si el Jurado absolvió al defendido; sí afirmo que no hizo justicia, por no echar á la cárcel al defensor.

Y de estos casos, se dan todos los días. Acostumbradas las gentes á servirse de charlatanes—con su arsenal en la lengua—es natural que todos tiren á Demóstenes, prescindiendo de alimentar el cerebro. El mayor tormento para ser abogado es sufrir de tartamudez ó premiosidad en el decir. Estar ayunos de Códigos y filosofías, es cosa reparable. A la postre, cuando la dialéctica y la lógica y el sentido común, no acudan á la requisitoria del orador forense, á este le está permitido preguntar: ¿en qué Código se condena tal ó cual delito? Y si bien podía el letrado evitarse la pregunta, dando la contestación—como es su misión—lo cierto es que el arranque—llamémosle otra vez tribunicio—sienta bien, es de buen efecto y viste mucho... para los profanos.

Por eso digo que para ser abogado basta y sobra con tener desparpajo. No se necesita talento,—condición es esta fácilmente sustituible por una brocha gorda de pintor... de puertas ó una escoba de emblanquenedor.—Precisa solo que el cuadro sea fuerte de color, y ponga de resalto intensamente la figura del defendido.

JULIANO.

Continúa desempeñando, según nuestras noticias, los cargos de Delegado del Monopolio de las cerillas y de diputado provincial, incompatibles según la ley, D. José Morales Esteras.

Y ¡viva la democracia y la frescura de los encargados de interpretar el precepto escrito!





